



Mi vida frente al encuentro personal

Carlos L. Alvear García¹

1 Persona, ante todo. Filósofo, para mis amigos novelistas; novelista para mis amigos filósofos. Y perpetuo enamorado de mi familia. Ver más en nuestro link de Autores.

No puedo presumir mérito alguno por haber llegado al Personalismo. Pero puedo reconocer, con inmensa gratitud, como pude descubrirlo mientras buscaba cosas muy distintas.

Recuerdo ahora con aprecio la lectura de G. K. Chesterton, sus historias increíbles, su pensamiento cautivante y original. En su autobiografía menciona que siempre quiso escribir la historia de un explorador que sale a descubrir tierras ignoradas, se pierde en el trayecto y arriba con dificultades a un suelo nuevo, sólo para descubrir que es el suelo de siempre. Así cuenta el genial escritor inglés su proceso de conversión a la fe católica. Yo diría, en mi caso, que esto me acontece demasiado a menudo.

Muchas veces salí a buscar tierras nuevas, para darme cuenta que benditamente había viajado en círculos y llegaba de nuevo a casa.

Mis padres, dos intelectuales comprometidos con el descubrimiento de la verdad, fueron, primero, dos católicos que buscaron siempre vivir conforme al amor del evangelio. De ellos aprendí, que un cristiano honesto, será también un personalista. Sin embargo, aunque leyeron a Jacques Maritain, Gabriel Marcel, Xavier Zubiri, Julián Marías y otros grandes personalistas, no hablaban propiamente de una escuela de pensamiento unida y consistente, sino que los tenían como intelectuales cristianos que aunaban a su fe, la fuerza de su pensamiento.

En mis padres, la apertura al encuentro, la disposición para darse, la solidaridad con el más necesitado, surgió primero por sus convicciones religiosas, y por ello celebraban que hubiera coincidencia de ideas con otros pensadores. Buena parte de mi formación intelectual, afectiva y moral, se las debo a ellos. Recuerdo con amor los años que compartimos, y llevo todavía en mi corazón su ejemplo de vida.

Cuando llegó la hora de elegir una carrera profesional, tenía muchas opciones, pues siempre he sido muy inquieto y he tenido un gran número de intereses. No estaba seguro si estudiar Filosofía, Letras hispánicas, Historia, Cine, Periodismo, Fotografía, Artes gráficas; pero descubrí que existía una carrera llamada Comunicación social, que incluía algo de todos estos aspectos. Así que me matriculé en ella. Ahí tuve la enorme fortuna de contar con un maestro, que era un gran seguidor de Martin Buber. Era sacerdote, misionero, que aunaba su saber a la extraordinaria experiencia de haber trabajado en Angola y Japón, viviendo su ministerio sacerdotal, con acento personalista.

Él impartía la asignatura de antropología filosófica, y recuerdo, de manera especial, una parte del curso dedicada al análisis comparativo del pensamiento de Buber y las ideas que existían sobre el ser humano en el Mundo Nahuatl. La idea era suya, y resultó tan original como clarificadora. Los pensadores nahuas, creían que la persona va conformando su rostro y su corazón (ixtli in yolotl), al salir de sí misma, en el acto que florece y en el diálogo que canta, (xochitl in cuicatl). Lo que no es posible más que cuando el Yo realiza un verdadero encuentro con el Tú.

En esa época fue para mí, una fuente rica en experiencias, el poder apuntarme en grupos para ayudar en misiones a la sierra del estado de Guerrero y encontrarme en cada viaje, que yo recibía mucho más de lo que era capaz de dar.

Terminados mis estudios, trabajé un tiempo en la industria cinematográfica, de dibujos animados y con actores, y más tarde en el medio publicitario, lo que me resultaba felizmente divertido y me permitía desarrollar la creatividad, pero no siempre me facilitaba la oportunidad de servir como yo hubiera deseado. Entonces ingresé a la industria editorial y más tarde presté mis servicios en una institución cultural (FUNDICE Fundación para la

promoción cultural del medio milenio de evangelización en América); en estos trabajos encontré personas extraordinarias interesadas en promover la dignidad de la persona. Desgraciadamente, la fundación cultural, que era fruto de un esfuerzo privado, tuvo que cerrar cuando vino una de tantas crisis económicas en México.

Pero entonces, una de las personas que conocí en la fundación cultural, un hombre sincero y bien intencionado, fue nombrado Secretario de Educación en el Estado de Guanajuato y él me invitó a colaborar dirigiendo las acciones y los proyectos que la Secretaría desarrollaba para promover una formación humana integral en el sistema educativo. Los 14 años que pude servir a mi hermano, con el rostro de cada niño y cada joven estudiante, con el de la madre y el padre de familia, con el rostro de cada docente, fueron años claves tanto para poder dar, como para poder recibir; también mi formación (que por fortuna no tiene para cuando terminar) se vio enriquecida cuando conocí a un estimado amigo y maestro: Carlos Díaz Hernández. Aunque nuestro primer contacto no fue agradable, nada agradable.

Quienes conocen a Carlos, saben lo estricto que puede ser ante un trabajo mal hecho, y si éste tiene que ver con su vocación de escritor y personalista, es todavía más estricto. Lo habíamos invitado a participar en un Congreso internacional de educación. No sólo aceptó, sino que, con su característica generosidad, nos regaló un libro de su autoría para editarlo en Guanajuato. Llegó a mí el texto, pero ya no pude trabajar con él, porque me pidieron que lo turnara a otra área. Nos presentaron la resultante del trabajo, el mismo día que conocí a Carlos. Era un libro terriblemente mal editado: faltaban páginas, no se había empastado, la tipografía elegida era difícil y cansada para leer, el diseño era mediocre, el papel era de baja calidad y se transparentaba haciendo confusa la lectura, y la lista podría seguir. Al ver su libro en esas condiciones, Carlos se molestó con toda razón y suponiendo que yo había realizado ese trabajo la molestia se dirigió hacia mí. No intenté presentar disculpas, pues entendía que, como organización, habíamos fallado. Aquella tarde, Carlos nos ofreció una magnífica charla sobre el perdón y cuando salió del auditorio, nos encontramos.

—Todavía tenemos un asunto que arreglar — me dijo con aspereza.

—Pero yo confío en tu capacidad para perdonar —le respondí.

Alzó los brazos y sonrió.

—¡Me has ganado! —exclamó. Y así comenzamos a ser amigos.

Carlos me acercó a otros personalistas, todos maravillosamente vivos, aunque algunos ya no están

presentes entre nosotros. El año 2005, me invitó al congreso organizado por el Instituto Mounier en Madrid, para festejar el centenario del natalicio de Emmanuel Mounier. Presenté entonces una ponencia sobre el silencio interior. Fue un congreso que recuerdo con especial cariño; hermoso, no únicamente, por la cantidad y riqueza de participaciones, sino por el espíritu de servicio con que se desarrolló y la gozosa austeridad con que se realizó. Y otro motivo fue que en España, conocí, entre otras personas, a la espléndida Inés Riego, sencilla, aguda, alegre y femenina, el alma de esta revista, y a quien he visto trabajar, incansable, en una labor de vertebración entre diferentes grupos de personalistas. Y he tenido el gusto y el honor de que me haya invitado en varias ocasiones a colaborar en su prestigiada publicación. Además coincidimos en el aprecio de otros pensadores como Alfonso López Quintás y Alberto Caturelli, coterráneo suyo. En mi camino he conocido, también, a personas que, en diversos países y en el mío propio, están trabajando por forjar un mundo más justo y generoso, y he procurado colaborar con algunos de ellos.

Me viene a la mente, por ejemplo, el laborioso Roberto Hernández Tinoco que, en el estado de Durango, realiza un trabajo de acción social con jóvenes que ha sido muy fecundo; o con César Márquez, quien trabaja con maestros; por citar sólo dos amigos con los que he podido trabajar de manera cercana.

Servir a los demás, es un camino seguro hacia la felicidad, si el propósito es el servicio y no la autosatisfacción; este es uno de los principales aprendizajes que se conquistan en el personalismo. Un servicio que debe tener nombre y rostro, que se debe poder identificar, porque se hace por amor y en amor. Quien dice que es personalista y afirma que lo fundamental es el amor a la humanidad entera, pero no se ha dedicado a su familia, miente. Cómo decía Cristo, quien dice que ama a Dios a quien no ve, y no ama a su hermano a quien sí ve, engaña y se engaña.

He seguido caminando en este sentido, estudiando y trabajando; dando conferencias, escribiendo ensayo o novela, pero también pintando, o asesorando algunas instituciones educativas o de servicio público. Ya no colaboro con la Secretaría de Educación; era mucho lo que se podía hacer desde ahí y eso es lo que más extraño, pero las trabas burocráticas cansan y restringen la creatividad; además tuvimos diferencias insalvables cuando promoví textos y programas que defendieran la vida desde su concepción y preferí apartarme.

Intento seguir el paso y no desviar mi camino. Ser personalista es un despertar de la conciencia, es una exigencia de acción, es una huella que quema para servir

al hermano. En la obra de teatro *Un mundo roto*, de Gabriel Marcel, el personaje Christiane, se expresa así:

“El mundo, eso que hemos llamado el mundo, el universo de los hombres, hace tiempo que yo creo que tenía un corazón. Pero tal parece que ha dejado de latir (...). Todos estamos en nuestro rincón, atendiendo a nuestro pequeño negocio, atentos también a nuestros pequeños intereses. De pronto nos encontramos, nos entrechocamos y se oye como un ruido que recuerda a la chatarra”¹.

A este mundo, tan descarnada y crudamente descrito, el personalista ha de procurar aliviar. La persona queda desplazada, muy fácilmente, en el discurso político y social. La política correcta habla de individuo, pero no de persona; habla de perspectiva de género, pero olvida al género humano; lucha para erradicar la crueldad contra los animales, pero autoriza el homicidio de los más vulnerables; promueve la ortodoxia en la economía, pero ataca la ortodoxia que defiende al pobre.

Hace unos días tuve la fortuna de ofrecer una conferencia a reclusos que están próximos a recuperar su libertad y querían que les hablara sobre el sentido de la vida. Me sorprendió la forma en que se conmovieron, la manera en que agradecieron al concluir que les llevara “algo de esperanza”. Con ellos espero iniciar dentro de poco un experimento: un curso de dibujo de retrato, dirigido a desarrollar habilidades para captar el rostro del otro, mientras hablamos de la persona, y aspiro así, a comunicar la inquietud de recuperar el rostro del hermano. Ya veremos qué pasa...



1 Marcel, G., *El mundo roto*, en *Obras selectas de G. Marcel*, tomo II. Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2004, pp. 278 y 279.